

SANCTA SIMPLICITAS⁴⁹
LA SIMPLICIDAD SEGÚN GUILLERMO DE SAINT-THIERRY

En la *Carta de Oro* se puede leer este consejo de Guillermo de Saint-Thierry a sus amigos cartujos:

Se reclutarán los habitantes de las celdas a partir de dos categorías de hombres: entre los *simples*, se elegirán aquellos que de corazón y de voluntad se muestren ávidos y capaces de llegar a la prudencia religiosa; entre los prudentes, aquellos que sean *religiosae et sanctae simplicitatis aemulatores* celosos de adquirir esa simplicidad religiosa que es propia de los santos⁵⁰.

Esto equivale a decir que no hay vida monástica sin simplicidad. Toda la *Carta de Oro* parece dar testimonio de esta convicción por el lugar de elección que allí ocupa el tema de la simplicidad. Mas éste también reaparece algunas veces en las otras obras de Guillermo. Una investigación a través de sus obras quizás nos permita extraer el pensamiento de Guillermo – incluso ver su evolución– sobre este punto.

La *Carta de Oro* se impone como primer campo de exploración. En ella la simplicidad se menciona en los dos extremos de la vida religiosa: sobre todo en los comienzos, pero también en el florecimiento final. Hablaremos más de los comienzos: veremos a Guillermo detenerse en ellos para presentarnos la simplicidad como primera etapa y fundamento de la vida religiosa, pero también como su clima general. Por lo demás, se preocupa de dar una definición precisa de la misma; luego, de subrayar el sentido de la disciplina que constituye; y finalmente, de describir su práctica en sus diferentes niveles.

Desde las primeras páginas, más también aquí y allá a lo largo del desarrollo, vemos aparecer una relación entre la simplicidad y la sabiduría según Dios. Guillermo lo remarca: los monjes a los que se dirige son en su mayoría hombres simples. Incluso aunque se sabe que entre ellos se encuentran algunos sabios, constata que “sin embargo, por medio de los simples el Señor ha reunido a los sabios, Aquel que, por medio de los pecadores, en otro tiempo sometió bajo su poder a los reyes y filósofos de este mundo”⁵¹. Es el mismo fenómeno que se dio en los comienzos de la Iglesia, en el momento de la elección y del envío de los apóstoles. Y es la obra del Señor que llama y renueva sus maravillas⁵².

La simplicidad se sitúa en el extremo opuesto a lo que el espíritu del mundo y los sabios de este mundo tienen en muy alta estima para enorgullecerse o vanagloriarse: capacidad de edificar en sentido propio⁵³ y en sentido figurado⁵⁴, entendimiento, talento, habilidad⁵⁵. Ciertamente, estas aptitudes son nuestra dignidad y nuestra semejanza con Dios. Pero el orgulloso, se detiene en una observación llena de suficiencia, mientras que el simple considera esos recursos de manera más realista y práctica: los ve como una “ayuda para recobrar y conservar (su) dignidad natural

⁴⁹ De *Collectanea Cisterciensia*, Tomo 41 - 1979 - 1. Tradujo: Hna. Graciela Sufé, osb. Monasterio “Gozo de María” (San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

⁵⁰ *Lettre aux frères du Mont-Dieu (Lettre d'or)*, traducida por Juan DECHANET, OSB, Editions du Cerf, 1975 (*Sources chrétiennes*, n° 223): § 143, p. 257.

⁵¹ *Ibid.*, § 7, p. 135.

⁵² *Ibid.*, § 4-5, p. 133.

⁵³ *Ibid.*, § 59, p. 191.

⁵⁴ *Ibid.*, *Billet d'envoi* § 16, p. 141.

⁵⁵ *Ibid.*, § 55 & 59, p. 19.

y la semejanza divina que había perdido”⁵⁶. Y los utiliza sin demorarse en ellos ni perderse por la curiosidad, la voluptuosidad o el orgullo, porque “su beneplácito está en otra parte”⁵⁷.

Por lo tanto la simplicidad no tiene nada que ver con la sabiduría del mundo. Por el contrario, es aspiración a la sabiduría según Dios: al hombre que posee el temor de Dios, principio de la sabiduría, lo inspira a reconocer su propia tontería, y, en esas condiciones, la conveniencia de ponerse al servicio de un sabio⁵⁸.

Como ya lo presentimos, aunque Guillermo lo diga en otro lugar más claramente, la simplicidad no es simplismo. Debe ir acompañada por la prudencia y por una capacidad de dejarse instruir y transformar⁵⁹.

Así pues, la simplicidad en primer lugar nos es presentada como una sabiduría según Dios: una sabiduría amada por Dios –estado de limitación o de debilidad en el cual Él obra poderosamente–, una sabiduría que trabaja para volver a encontrar la semejanza con Dios, una sabiduría humilde que sabe elegir el medio para esa reconquista: la obediencia.

Esta es una primera aproximación a la simplicidad. La segunda es más precisa y cala más hondo. Tiene simultáneamente algo de descripción y algo de definición. Está totalmente condensada en el párrafo siguiente:

Vuelta hacia Dios, la animalidad deviene santa simplicidad: voluntad siempre estable en su persecución del mismo bien. Así fue Job, hombre simple, recto y temeroso de Dios. La simplicidad, en efecto, es propiamente la voluntad básicamente vuelta hacia Dios, que no pide del Señor más que una sola cosa, buscándola con ansia, y que no ambiciona diseminarse en el mundo. La simplicidad también es la verdadera humildad en la manera de vivir: aquella que en materia de virtud, concede más valor al testimonio de la conciencia que a la reputación, porque el hombre simple no rehúsa pasar por loco en este mundo a fin de ser sabio en Dios. La simplicidad en una palabra, es la voluntad reducida al exclusivo movimiento hacia Dios, quiero decir, todavía no trabajada por la razón hasta devenir amor, es decir, voluntad formada; todavía no iluminada y transformada en caridad, es decir, gozo de amor⁶⁰.

Este texto contiene varias afirmaciones esenciales. En primer lugar, la simplicidad está considerada en su fondo, en el nivel de la intención. El momento decisivo y capital es el de la vuelta hacia Dios, en que al mismo tiempo, la animalidad se convierte en santa simplicidad. A partir de ese momento ésta sólo puede ser definida como la voluntad que se mantiene firmemente orientada hacia Dios y que se unifica en ese solo movimiento hacia Dios.

Después se enfoca la simplicidad en el nivel de la manera de vivir: en ese caso no se diferencia de la verdadera humildad.

Por último, la simplicidad se sitúa al principio del devenir espiritual: es la voluntad ciertamente vuelta hacia Dios, pero aún no trabajada por la razón ni iluminada por el Espíritu. Indica el umbral de una nueva génesis y estimula a la obediencia en ese propósito de recreación:

La simplicidad, que está provista en su interior de una especie de embrión de creación divina: una voluntad simple y buena, especie de materia informe de donde surgirá el hombre bueno, desde el principio de su conversión, ofrece este embrión a su autor para

⁵⁶ *Ibid.*, § 55, p. 191.

⁵⁷ *Ibid.*, § 59, p. 193.

⁵⁸ *Ibid.*, § 50-51, pp. 185-187.

⁵⁹ *Ibid.*, § 143, p. 257.

⁶⁰ *Ibid.*, § 49, p. 185.

que le dé una forma⁶¹.

Por eso es la disposición básica que debe tener el novicio:

La virtuosa simplicidad (pía simplicidad), el novicio en la vida religiosa y solitaria, que no posee todavía razón que lo dirija ni inclinación que lo impulse, ni juicio que lo conduzca, sino que tiene necesidad de acudir a la violencia contra sí mismo, debe dejarse trabajar por la ley de los mandamientos como por manos extrañas, y conformar con toda paciencia, como la vasija en manos del alfarero; entregarse a la voluntad y al juicio de un hombre que lo modela y le da su forma en el torno de la obediencia y en el fuego de la prueba⁶².

En estos textos cargados de sentido, se imponen dos ideas: la simplicidad esencialmente es relación con Dios y lugar de regeneración en Dios. Esto es particularmente perceptible en la etapa fundamental de la conversión.

¿Qué pasa, pues, con la manera de vivir que se desprende de esto, y que no es sino una conversión desplegada en el tiempo y realizada en todo el ser?

Guillermo ya nos lo dijo: en el nivel de la manera de vivir, la simplicidad es la verdadera humildad. Varias veces asocia la humildad a la simplicidad. Así “el hombre simple y humilde” considera sus aptitudes naturales como medios para recobrar la semejanza con Dios y no como una ocasión para hacerse valer⁶³. “Para los corazones simples, la vida religiosa es un lugar de asilo por excelencia, a menos que su naturaleza se rehúse a la humildad, o que su excesiva tosquedad no pueda ser dirigida ni adiestrada”⁶⁴. La humildad es como la buena tierra en que la simplicidad puede prestarse plenamente al desarrollo de las virtudes:

Inmediatamente (después de la conversión) el temor de Dios emprende el cultivo de toda la plenitud de las virtudes en el corazón y en el espíritu humildes.

La justicia: la simplicidad acude a quien es más fuerte que ella; la prudencia: no se fía más de sí misma; la templanza: se abstiene de criticar; la fortaleza: se sujeta completamente a la obediencia, preocupada por cumplir, no por discutir.

Es precisamente aquí la esposa, a quien el Señor prescribe: “Te someterás a tu marido”. Su marido es la razón, es el espíritu: el suyo o el de otro. Es a él a quien el hombre simple y recto obedece con rectitud cuando lo escucha en su propio corazón; pero a menudo obedece con una rectitud, y una seguridad mayores, cuando lo escucha en otro⁶⁵.

Como vemos, la simplicidad está totalmente desprendida de sí, para entregarse por entero a la obediencia. Aquí volvemos a encontrar ese único movimiento hacia Dios que aparecía en el momento de la conversión. Es también el que está subyacente en la relación con los bienes terrestres: la simplicidad es sobria y desprendida porque está adherida a Dios y a las cosas de Dios⁶⁶. Para el transcurso de la vida cotidiana, la Regla ha medido y previsto esta sobriedad: “todo en ella ha sido de una buena vez tan sabiamente delimitado, lo superfluo tan bien eliminado, lo necesario tan justamente encerrado en los términos de una justa suficiencia y en los límites de una moderación general, que los fuertes pueden desear más sin que los débiles se

⁶¹ *Ibid.*, § 50, p. 185.

⁶² *Ibid.*, § 68, pp. 197-199.

⁶³ *Ibid.*, § 55, p. 191.

⁶⁴ *Ibid.*, § 144, p. 257.

⁶⁵ *Ibid.*, § 51-52, p. 187 (traducción un tanto modificada).

⁶⁶ *Ibid.*, § 59, p. 191-193.

descorazonen”⁶⁷. Aún más: es necesario que esto sea vivido simplemente, y Guillermo cita *Pr* 28,14 b: “Quien va simplemente, va resueltamente”⁶⁸.

Igualmente en el arte de construir, conviene ser sobrio en la elección de los materiales y de las líneas, ¡y no solicitar artistas afamados porque la incompetencia de los monjes los hará construir simplemente! En este punto Guillermo reprende enérgicamente a sus corresponsales. Lo dice y lo repite: es necesario que la santa simplicidad aparezca incluso en el aspecto exterior de la casa de Dios.

Alejando de nosotros y de nuestras celdas esta pobreza que nuestros padres nos habían legado como herencia, este aire de santa simplicidad –verdadero adorno de la casa de Dios– solicitamos afamados artistas para construimos celdas menos eremíticas que aromáticas, estimadas en cien monedas de oro cada una, halagüeñas para la vista, pero construidas con las limosnas de los pobres⁶⁹.

¿Acaso corresponde que hombres de mundo edifiquen la tienda de Dios entre los hombres? ¡Que aquéllos, sí, aquéllos a quienes fue dado ver en las cimas del espíritu, el modelo de la verdadera belleza que conviene a la casa de Dios, la construyan para sí mismos! ¡Que aquéllos, sí, aquéllos a quienes la preocupación por los bienes interiores incita a la negligencia y al menosprecio de los bienes de afuera, la construyan para sí mismos!

Ningún trabajo de artesano realizará la pobreza de forma, la santa simplicidad de aspecto, la sobriedad de líneas, que heredaron de sus padres, como lo hará su propia negligencia⁷⁰.

Este último texto nos entrega una estética monástica. Está impregnada de contemplación y tan preocupada por los bienes interiores que lo exterior cuenta muy poco, o debe hacerse lo más discreto posible por medio de la pobreza de formas y la sobriedad de líneas, y sin el deseo engorroso de innovar. No tiene otra finalidad que traducir en la materia y en las formas, la santa simplicidad que es vivida y buscada en el monasterio.

También la vida de oración está marcada por la nota de la simplicidad. Guillermo aconseja a los principiantes, a los pobres de espíritu y a los simples lujos de Dios que comiencen por la meditación de la humanidad de Cristo. Allí experimentarán sentimientos de dulzura mientras su fe se transforma en movimiento de amor por Cristo, hombre y Dios a la vez⁷¹. Tal es, pues, la simple meditación que Guillermo propone a los corazones simples. En cuanto al “perfecto”, al espiritual, en quien interviene el Espíritu, “busca a Dios en la simplicidad del corazón”, es decir, sin forzada reflexión, sólo en la alegría del recuerdo de los beneficios divinos⁷². Aquí la simplicidad del corazón evoca la interioridad, la *memoria* libre y feliz, que ha vuelto a su naturaleza y a su objeto.

Esto no quiere decir que antes de llegar allí no haya habido que hacer esfuerzos en procura de la simplicidad. Sin nombrarla explícitamente en dos momentos Guillermo describe la labor de unificación interior que constituye indudablemente una simplificación. Hay como dos fases: una más activa, la unificación de los sentidos bajo el yugo de la voluntad al servicio del espíritu⁷³; la otra más pasiva, que elimina todo lo superfluo, toda distracción y que parece ser una

⁶⁷ *Ibid.*, § 76, p. 203.

⁶⁸ *Ibid.*, § 77, p. 203.

⁶⁹ *Ibid.*, § 148, p. 261.

⁷⁰ *Ibid.*, § 150, pp. 261-263.

⁷¹ *Ibid.*, § 174-175, p. 285.

⁷² *Ibid.*, § 250, p. 345.

⁷³ *Ibid.*, § 87, p. 211.

preparación más inmediata a la venida del Espíritu⁷⁴.

Hemos recopilado atentamente todas las alusiones a la simplicidad contenidas en la *Carta de Oro*; esto de hecho nos condujo hacia los grandes ejes de la disciplina monástica: la humildad y la obediencia, el desprendimiento y la sobriedad, la oración y la purificación del corazón.

La simplicidad pues, puede ser considerada como una práctica, una disciplina, tanto como una sabiduría. Aparece en todo su esplendor en los monjes cabales: los “perfectos”. En un lenguaje de imágenes, Guillermo presenta los religiosos como los pájaros y las tórtolas que, según el salmo 83, encuentran abrigo en los tabernáculos del Señor. Los primeros de esos pájaros simbolizan a los principiantes; los segundos, a los perfectos. Ahora bien, nuestro autor caracteriza así a la tórtola: es “amiga de canciones tristes, residente habitual de las soledades umbrosas, imagen de la simplicidad –*forma simplicitatis*–, modelo de la castidad⁷⁵. Si verdaderamente la tórtola es imagen de la simplicidad y simboliza a los perfectos, esta simplicidad es una cima y le concierne igualmente toda la descripción del comportamiento de los espirituales. Es notable que en primer lugar el acento sea puesto sobre el recogimiento, la interioridad, la contemplación: la tórtola representa “la madurez viril, el espíritu serio, casto, reservado, cansado de los bienes exteriores, que en la medida de lo posible se recoge en sí mismo”⁷⁶.

... (El perfecto) encuentra en el secreto de la celda, el retiro aún más secreto de su conciencia. Allí deposita y alimenta los frutos de sus santas disposiciones y la experiencia que recoge en su contemplación espiritual. Solitario en el tejado, en las cumbres de la contemplación, el pájaro se complace en aplastar con los pies la morada de su vida carnal. La tórtola encuentra su fecundidad en las regiones menos elevadas y su gozo en los frutos de la humildad⁷⁷.

Sigue el pasaje más importante y el más hermoso como un verdadero cuadro pequeño, que no respira sino humildad y paz en lo muy ordinario.

La tórtola designa a los perfectos o espirituales. Quienes, al solicitar para el sostén y fortalecimiento de su propia virtud, la virtud de la obediencia y de la sumisión, no cesan de abajarse, de rebajarse al rango de principiantes. Al descender por debajo de sí mismos, se elevan por encima de sí mismos. La humildad les asegura los más grandes progresos. Aun disfrutando de los frutos de la soledad –esos frecuentes y sublimes arrobamientos de la contemplación– no se creen dispensados de la práctica concienzuda de la sujeción voluntaria, de la participación en la vida común, de los encantos de la caridad fraternal⁷⁸.

Incluso la simplicidad ya no tiene necesidad de ser nombrada, hasta tal punto está presente, impregnando todo el ser y toda la conducta. Es la realización final, pero que se reúne con los orígenes: la gran vuelta de la conversión que deja campo libre a la acción recreadora de Dios. “Rebajarse al rango de principiantes” no es afectación de humildad ni pura ascesis, sino la simple verdad de las cosas, la verdadera actitud de esta naturaleza verdadera cuya regeneración continúa o se actualiza hasta la muerte.

⁷⁴ “El hombre puede preparar constantemente su corazón. Con ese objeto, que desprenda su voluntad de afectos extraños; su razón, su inteligencia, de toda preocupación; su memoria, de las ocupaciones inútiles o embarazosas, e incluso a veces de las ocupaciones necesarias. Entonces, en el día elegido por el Señor y a la hora de su agrado, apenas haya percibido el ruido del soplo del Espíritu, inmediatamente los elementos que contribuyen a formar el pensamiento, por sí mismos se reunirán trabajando al unísono en el bien y formando como un haz, para gran alegría de quien piensa: la voluntad presentará un afecto puro por el gozo que viene del Señor; la memoria, una materia fiel; la inteligencia, una experiencia llena de delicias” (*Ibid.*, § 251, p. 345).

⁷⁵ *Ibid.*, § 187, p. 297.

⁷⁶ *Ibid.*, § 188, pp. 297-299.

⁷⁷ *Ibid.*, § 189, p. 299.

⁷⁸ *Ibid.*, § 190, p. 299; este texto es una hermosa ilustración del octavo grado de humildad de la *Regla* de san Benito.

Es sin duda esta simplicidad de los perfectos que Guillermo, en las primeras páginas de la *Carta*, se complace en recalcar en sus corresponsales: en la entusiasta enumeración de todas las maravillas que admiraba en esta comunidad de Mont-Dieu, figura “la gracia de simplicidad”. Allí ocupa un lugar principal: entre el fervor y la paz por una parte, y el rigor de las observancias y la dilección fraterna por otra parte⁷⁹. Es decir, el valor que nuestro autor le reconoce. Y, ¿qué es esta gracia? ¿Don de Dios? ¿O ese no sé qué que dulcemente cautiva? Probablemente las dos cosas, porque Guillermo escribía un poco más arriba: “Vuestra simplicidad estimula el buen celo de las almas”⁸⁰.

Esta “gracia de simplicidad” también nos alcanza a nosotros, pero evidentemente más por el contenido de la *Carta de Oro* que por el testimonio de los cartujos que en más o en menos la ha suscitado. Para Guillermo la simplicidad es una sabiduría y una disciplina –la sabiduría y la disciplina de los monjes–, a través de las que se expresa el ser que ha vuelto a su justo lugar bajo la mirada de Dios y que se ha unificado en el movimiento hacia Él.

Podríamos detener aquí este estudio, y sin duda habríamos visto lo esencial del pensamiento de Guillermo sobre la simplicidad, puesto que es en esta obra en la que se la encuentra mencionada más a menudo, definida atentamente y presentada como fundamento de la vida religiosa. Pero nuestra preocupación por retornar a las fuentes de la simplicidad cisterciense nos hace prolongar la búsqueda. Este mensaje monástico dirigido a los cartujos fue escrito por un cisterciense que en realidad lo era desde hacía diez años, después de haberlo sido de deseo otros diez años. ¿Puede relacionarse directamente con su experiencia personal de la vida cisterciense, el lugar importante que reserva a la nota de la simplicidad? Una relectura de sus obras principales quizás pueda proporcionarnos algunos elementos de respuesta. Las interrogaremos en orden cronológico.

* * *

Los dos tratados sobre el amor contienen muy pocas alusiones a la simplicidad. La primera, que se encuentra en *La contemplación de Dios*, se refiere a la verdadera “filosofía”, presentada como la simplicidad de la vida según el Evangelio:

Tu verdad, (Señor)... nos describe la pura, verdadera y simple forma de la divina y verdadera filosofía, cuando dice a sus discípulos: “Como el Padre me ama, también yo os amo. Permaneced en mi amor. Si observáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor; como yo observo los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor”⁸¹.

En *Naturaleza y dignidad del amor*, en primer lugar la simplicidad se menciona en una cita de *Pr* 10,29 que ilustra la conducta del alma que ha llegado a la segunda edad del amor: la caridad:

(Habiendo traspasado el amor con su dulce espada al alma para poner término a todo amor y afecto del siglo...) Valiente, sin tropiezos, con prudencia, he aquí que avanza ahora por sus senderos en todo su itinerario, por todos aquellos lugares en los que, hasta ese momento, por ignorancia, temor o vacilaciones, apenas osaba poner el pie del consentimiento al bien. En efecto: “El camino del Señor es la fuerza del hombre simple”⁸².

⁷⁹ *Ibid.*, § 24, p. 163.

⁸⁰ *Ibid.*, § 9, p. 149.

⁸¹ *La contemplation de Dieu*, traducida por Dom Jacques HOURLIER, osb, Cerf, 1968 (*Sources chrétiennes*, n° 61 bis), 12, p. 111. En castellano: *De la contemplación de Dios. De la naturaleza y dignidad del amor. La oración*. Monasterio Ntra. Sra. de los Ángeles, C. C. 34, 7.300 - Azul, Argentina, 1976 (*Padres cistercienses*, 1). Nota del trad.

⁸² *Nature et dignité de l'amour*, traducida por P. Robert THOMAS, *Pain de Cîteaux* n° 24, p. 89-91 (PL 184,394). Véase nota precedente.

Después la simplicidad reaparece al término del desarrollo del amor, en el momento en que éste deviene sabiduría. Entonces “los mismos sentidos reciben una nueva gracia, algo así como una gracia de espiritualización: la de los ojos simples y los oídos discretos”⁸³.

Las *Meditaciones*⁸⁴ abordan nuestro tema en seis pasajes interesantes, en su mayoría situados hacia el final del compendio. Dos textos se refieren a la simplicidad de Dios. Se trata en primer lugar de una alusión a “la sustancia eminentemente simple de la divinidad”⁸⁵; luego, de una reflexión más extensa en el mismo sentido; la simplicidad de la naturaleza de Dios, de su sustancia, constituye la forma misma de la divinidad. Y, agrega Guillermo, su “amor necesariamente le es semejante”, lo que significa que el amor de Dios es tan simple como la sustancia de Dios⁸⁶. Los otros cuatro textos dejan adivinar un ideal estimado e incluso codiciado. Guillermo, no sin cierta amargura, critica las maneras de los superiores eclesiásticos de su tiempo. No lo haría en ese tono si no le importara muy hondamente la simplicidad: “Lo que hoy se espera de un superior eclesiástico es la prudencia de la carne, el espíritu de mundo, la frivolidad, los buenos modales, y otras cosas por el estilo. Se ridiculiza la simplicidad; se menosprecia la piedad; importa muy poco la humildad”⁸⁷. Más positivamente, suspira Guillermo por esta simplicidad del comportamiento que es un efecto de la gracia y está acompañada de confianza:

Existe otra ley inmaculada, que vuelve las almas hacia ti, pero la ignoro, Señor; permanece oculta en lo secreto de tu rostro, y en un lugar en donde no merezco tener acceso. Si por una vez me concedieras penetrar allí para verla, tomaría la pluma del escriba de escritura veloz, el Espíritu Santo, para transcribirla dos y tres veces en mi corazón para tener adonde recurrir, para así arrojar luz sobre mis obras, y caminar entonces con total simplicidad y confianza⁸⁸.

Por último, en la *Meditación XII*, la admiración de Guillermo se expande en una descripción muy hermosa de la “*venusta simplicitas*” de los que aman al Señor y cuyas “buenas obras brillan a los ojos de los hijos de los hombres”. Aquí se evoca la vida monástica, y bien podría ser la de los cistercienses de Clairvaux o de Signy. “Cuando los veo y no me puedo contar entre ellos, la vida me da náuseas”, confiesa, y continúa:

Su sabiduría no es según el espíritu de este mundo, ni la prudencia de este siglo; ignorantes de la ciencia humana, han penetrado en el poder del Señor, y, como pobres de espíritu, se acuerdan tan sólo de tu justicia. Tú les has enseñado a consagrar su vida, su tiempo, a la alabanza de tus maravillas. Servidores de corazón simple, con los que te agrada conversar, van hacia ti (Señor) sin apoyarse en el carruaje de su industria o en la caballería de sus fuerzas, sino solamente en el nombre del Señor (...). No se forman tu amor, ni tampoco se conforman a él por medio de un gran esfuerzo en búsquedas sutiles; no, es tu mismo amor que, al encontrar en ellos una materia dócil, los forma y los conforma a Sí conmoviéndolos, excitándolos, de tal modo que, sin que hablen del fondo oculto en su interior, de la gloria y las riquezas que yacen en sus conciencias, sin esfuerzo artificial, sino como muy naturalmente, la luz que brilla en el interior se refleja en sus rostros y comunica a sus rasgos, a todo su comportamiento, una simplicidad encantadora, como una provocación de tu amor; al observarlos, a veces inclusive espíritus rudos e incultos son sacudidos y excitados a amarte. En realidad es la

⁸³ *Ibid.*, p. 159 (406 A).

⁸⁴ *Oraisons méditées*, traducidas por P. Robert THOMAS, *Pain de Citéaux* n° 21 & 22 (PL 180,205-248). En castellano: *Diálogo con Dios*. Versión castellana de *Meditativae Orationes. Sacramento del altar*. Monasterio Ntra. Sra. de los Ángeles, 1977 (*Padres Cistercienses*, 2). Nota del trad.

⁸⁵ *Méditation II*, *Pain de Citéaux* n° 21, p. 35 (210 B).

⁸⁶ *Méditation XII*, *Pain de Citéaux* n° 22, p. 91 (245 D).

⁸⁷ *Méditation XI*, *ibid.*, p. 55 (239 D).

⁸⁸ *Ibid.*, p. 43 (238 A).

naturaleza que regresa a la pureza original⁸⁹.

En especial merecen ser recalcados dos puntos: la aparición de la palabra de sabiduría al comienzo de este pasaje que es toda una ponderación de la simplicidad; y el encanto de esta última que proviene de lo natural reencontrado, purificado, regenerado.

El *Comentario al Cantar de los Cantares*, primera obra del período cisterciense de Guillermo, no contiene menos de ocho menciones de la simplicidad. Todas conciernen a la vida interior. La simplicidad es un medio o una condición del conocimiento de Dios:

A veces bien puede ocurrir que se imprime en el alma una gran semejanza con la Divinidad, conocida de un modo o de otro, a pesar de que no interviene ninguna representación imaginativa. La pureza de la simple tendencia hacia Dios y del sentido iluminado por el amor, realiza el trabajo⁹⁰. Las riquezas de la conciencia no pertenecen a todo el mundo; sus discípulos las importan desde afuera, de alguna manera, a fuerza de trabajos. En cuanto a los tesoros de la sabiduría, los lujos de Dios, incluso los simples, que toman contacto con algo de Dios en la bondad, que buscan a Dios en la simplicidad del corazón, los encuentran como una excrecencia en ellos de la naturaleza, fruto gratuito de un alumbramiento sin esfuerzo⁹¹.

La fórmula de *Sb* 1,1: “Buscar a Dios en la simplicidad del corazón”, que reaparece cinco veces⁹² en este escrito, ante todo es presentada como argumento en favor del conocimiento de Dios en la interioridad, del conocimiento de sí mismo como imagen de Dios:

Conócete, pues, mi imagen; así me podrás conocer a mí de quien eres imagen, y me encontrarás en ti. En tu alma, si permaneces conmigo, allí me tenderé contigo y entonces te alimentaré. Busca, pues, a Dios en la simplicidad; siente algo de Él en su bondad; esfuérzate por mantenerlo sin cesar en tu memoria, por comprenderlo, amándolo, por amarlo comprendiéndolo. Al sentir el contacto con su bondad, percibirás el contacto con su eternidad, y el género de vida y las disposiciones del alma buena⁹³.

En el mismo orden de ideas Guillermo ve una equivalencia entre la *memoria* y la simplicidad: “Para la esposa acordarse del Esposo es buscarlo en la simplicidad del corazón”⁹⁴. Recíprocamente el conocimiento de sí en la luz del rostro de Dios simplifica al alma: la preserva de todo deseo extraño o inquieto, la atrae hacia la humildad, hacia una sabiduría que seguramente no es la del mundo:

Dos veces feliz el hombre que detenta esta gloria y las riquezas de esta gracia en la casa de su corazón, en el tesoro de su conciencia. Su corazón está firme; nada lo quebrantará. Es decir, no irá tras deseos extraños, tras acciones inquietas. Rico en su propia casa, posee paz, piedad y desprendimiento, en una conciencia buena. Estos tesoros pertenecen a los pobres de espíritu. Ellos buscan a Dios en la simplicidad de su corazón; siguen con valor el camino de los mandamientos. Con fe firme, esperan la realización de las promesas. Con esperanza cierta, gustan por anticipado el objeto de su espera y por eso sienten algo del mismo en la bondad. Sin gusto por las grandezas, abrazan lo pequeño. No rechazan el yugo del Señor, ni dan coces contra el aguijón. ¡Qué lejos está el espíritu de este mundo y su sabiduría divulgadora de bagatelas: no es sino infatuación asiria,

⁸⁹ *Méditation XII, Ibid.*, pp. 97-99 (247 A-B).

⁹⁰ *Exposé sur le Cantique des cantiques*, traducida por Maurice DUMONTIER, OCSO, Cerf, 1962 (*Sources chrétiennes*, n° 82): § 21, pp. 95-97. En castellano: *Comentario al Cantar de los Cantares*. Monasterio Ntra. Sra. de Los Ángeles y Ed. Claretiana, 1979 (*Padres cistercienses*, 6). Nota del trad.

⁹¹ *Ibid.*, § 115, p. 253.

⁹² *ibid.*, § 64, p. 163; § 67, p. 169; § 70, p. 175; § 89, p. 211; § 115, p. 253.

⁹³ *Ibid.*, § 64, p. 163.

⁹⁴ *Ibid.*, § 89, p. 211.

elocuencia dorada pero hueca!⁹⁵.

Sin embargo, más aún que la felicidad encontrada en el recogimiento, simplifica el impulso de confianza en Dios. Y esta simplificación, lejos de ser un empobrecimiento, es un afinamiento, como se ha dicho en el pasaje citado más arriba⁹⁶. ¡La advertencia pertenece a un observador experimentado, y él mismo dotado de fineza! Parece que Guillermo mismo nos hubiera entregado un ejemplo de simplificación de las facultades cuando describe la actividad de los dos ojos de la contemplación: la razón y el amor. Cuando éstos se ayudan mutuamente, “su mirada deviene mirada de paloma: simple para contemplar, prudente para resguardarse”⁹⁷.

Existe, pues, un trabajo de simplificación –conocimiento de sí, confianza en Dios, esfuerzo de colaboración de las facultades– pero que se hace igualmente en la prueba, los sufrimientos, y por la adhesión a la gracia:

El alma fiel, mientras padece, por ejemplo en las tentaciones, ignora lo que ocurre en ella. A menudo, y sin saberlo, progresa; es aprobada, cuando le parece ser reprobada. Afligida, se humilla; humillada, se purifica. En su intimidad, la práctica de la humildad la abaja; al mismo tiempo, entre los múltiples sufrimientos, no por ella, sin embargo en ella, se forma esta santa simplicidad de la cual se escribe: “Buscadle en la simplicidad del corazón” (...) En el tiempo de su alejamiento, la adhesión del espíritu a la carne, de la carne al pecado le conformaban una expresión de buitre. En el momento de la visita de la gracia, la adhesión del espíritu a la gracia, de la carne al espíritu, le modela un perfil de tórtola, resplandeciente de humildad, de pureza, de santa y agraciada simplicidad⁹⁸.

¡He aquí pues la *sancta simplicitas*, la *santae gratia simplicitatis*! Se recibe de Dios, pero como un remodelado al que uno se entrega con confianza; y como una gracia, se difunde suavemente.

Por último, la simplicidad da acceso a los tesoros de la sabiduría⁹⁹. La razón estimulada e iluminada por la gracia “se dirige en línea recta hacia la contemplación: salvo acuerdo voluntario con las tinieblas de la ilusión provenientes de fuera, le sucede no encontrar ningún obstáculo a su mirada en la simplicidad y la pureza de la sustancia divina, hasta el momento en que, abrumada por la misma gloria de esta visión, se agota y recae sobre sí”¹⁰⁰. La razón simplemente se lanza hacia el Dios simple...

El *Espejo de la fe*¹⁰¹ incorpora a nuestro estudio once textos referidos a las relaciones entre la fe y la simplicidad.

Asociada a la humildad, la simplicidad es la condición *sine qua non* de la fe: “Nadie pasa por la puerta de la fe sin agachar la cabeza. La fe es el ojo de la aguja que no puede dar paso al camello enorme y jorobado, a menos que adelgace y se enderece por la humildad y simplicidad de Cristo”¹⁰². Más profundamente, la simplicidad está implicada en la fe: ¿acaso ésta no es una reflexión acompañada de una simple adhesión –*simplex assensus*– a las verdades reveladas?¹⁰³. Esta simplicidad va derecho al objetivo: es la obediencia de la fe directa y sin demora. Caracteriza al primer grado de la fe que “consiste en no rehusar la gracia de la hospitalidad a

⁹⁵ *Ibid.*, § 67, pp. 169-171.

⁹⁶ *Ibid.*, § 21, p. 97.

⁹⁷ *Ibid.*, § 92, p. 213.

⁹⁸ *Ibid.*, § 70, pp. 175-177.

⁹⁹ *Ibid.*, § 115, p. 253.

¹⁰⁰ *Ibid.*, § 158, p. 333.

¹⁰¹ *Le miroir de la foi*, traducida por J. M. DECHANET, Ed. Beyaert, 1946 (PL 180, 365-398). En castellano: *El Espejo y el Enigma de la Fe*. Monasterio Ntra. Sra. de los Ángeles y Ed. Claretiana, 1981 (*Padres cistercienses*, 8). Nota del trad.

¹⁰² *Ibid.*, p. 67 (370 B).

¹⁰³ *Ibid.*, p. 89 (375 C). Cf. p. 73 (371 C) y p. 137 (387 A).

todo lo que viene del exterior (las verdades de fe)...; sino en tenerle fe, simplemente *–per simplicem assensum–*, en virtud de la obediencia al precepto del Señor”¹⁰⁴. Volvemos a encontrar igualmente la simplicidad en el aprendizaje del amor de Cristo, en el progreso de la vida de fe: siempre caracteriza la marcha de la fe, la adhesión “sin duda ni retorno” a las verdades reveladas, pero también el impulso de amor por Dios, ese *affectus pii ac simplicis amoris*¹⁰⁵. Sí, es simple la fe que, respondiendo a la locura de la predicación, acoge al Verbo encarnado, y recibe por Él la curación y la capacidad de alcanzar la sabiduría de Dios¹⁰⁶.

Una hermosa página que describe la fe de los hijos de Dios simples, ilustra y amplía las reflexiones precedentes:

(Son) esos hombres privilegiados, a quienes el Señor se complace en hacer sus confidentes; que reciben de lo alto su fe por un favor muy especial –y no sólo la fe que revelan la carne y la sangre, sino también aquélla que viene del Padre–. Dios los instruye en silencio; fuera de toda discusión alborotadora, reciben el Espíritu Santo, esa enseñanza que confunde, salvo asistencia de la gracia, a maestros y discípulos; que frustra los razonamientos rimbombantes de la razón.

Por otra parte no los tachemos de negligentes, porque en su simplicidad, testimonian un celo notable con respecto a la fe y dan prueba de prudencia. No consideremos su silencio como estupidez porque gustan singularmente de lo recibido de lo alto. Experimentan el sentimiento del Señor en la bondad y por el sentido del amor, tienen el sentido de lo que creen y gustan todo lo que sienten. Donde se agotan y desfallecen los esfuerzos de la razón, ellos no dejan de correr. Al caminar con simplicidad, avanzan con total seguridad.

No cuentan con los carros de su ingenio personal ni con los corceles de la certeza humana, sino con el nombre del Señor. No ponen en absoluto su confianza en las producciones literarias sino en las fuerzas de Dios y en la justicia que Le es propia. No se los ve enjuiciar en absoluto a la fe, ni intentar ningún enfoque: sin cesar ofrecen al Espíritu Santo el juicio de su razón para que Él se digne iluminarlo. Al dirigir todos sus sentimientos hacia el asentimiento de la fe, recogen frutos espirituales con dulzura y seguridad. Experimentan el sentimiento del Señor en la bondad porque Lo buscan con un corazón sincero y Él se deja descubrir por quienes no lo tientan y se digna manifestarse a los que tienen fe en Él¹⁰⁷.

Este texto afirma vigorosamente que la fe y la simplicidad están como pendientes de Dios. La fe de los simples les llega de lo alto; Dios llega a ellos directamente, simplemente, sin pasar por la mediación de muchos razonamientos, ni palabras.

Por su parte, los corazones simples también van a Dios muy directamente, apoyándose en el nombre del Señor y en su fuerza, y no en su ingenio personal ni en los libros.

Este es ese “atajo de la santa simplicidad”, del que trata poco después, atajo que conduce más rápido a gustar de Dios¹⁰⁸. Al buscar a Dios en la simplicidad del corazón, al caminar simplemente y con seguridad, experimentan el sentimiento del Señor en su bondad.

Quizás hayamos observado al pasar esta especificación: la simplicidad de estos creyentes no es estupidez, puesto que dan prueba de celo por la fe y de prudencia. No es menos cierto que después de ese panegírico, Guillermo reconoce a pesar de todo que esta fe simple tiene sus

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 137 (387 A).

¹⁰⁵ *Ibid.*, pp. 121-123 (383 A-B).

¹⁰⁶ *ibid.*, p. 113 (381 B).

¹⁰⁷ *Ibid.*, pp. 103-105 (378 DD - 379 A).

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 107 (379 C).

límites: “gusta, pero no ilumina; sencillamente está al resguardo de las tentaciones”¹⁰⁹. No obstante, cuando estos creyentes tienen esta experiencia de Dios en la bondad, se sienten impulsados a utilizar su razón; les viene un deseo de comprender inspirado por el amor y para el amor: “Con humilde piedad, con amor sincero, con conciencia recta, los hijos de Dios simples y los pobres de espíritu, aun cuando se aparten por reverencia, son incitados, llamados de alguna manera por el Espíritu Santo, a escrutar los secretos divinos. Aman, en efecto, y por esa razón se esfuerzan por comprender; y si buscan comprender, es para amar más”¹¹⁰.

En cuanto a los que no son tan simples, a esos creyentes que buscan y que penan, Guillermo los orienta hacia la imitación de la simplicidad de Dios, y observa que eso también es gracia:

(...) Si exaltamos aquí al hombre de fe simple y sin tropiezos, no es para desacreditar al creyente que busca y pena. También él, aunque no pretende escrutar la majestad divina, sino reproducir su amor, imitar su simplicidad, no sólo escapa indemne de las redes de la tentación, sino que inclusive progresa maravillosamente en la inteligencia de la fe. Esto, por lo demás, es otra gracia¹¹¹.

Si no se da ninguna precisión sobre la simplicidad de Dios ni sobre la imitación de esa simplicidad, por el contrario, trata en dos oportunidades de la simplicidad de Cristo. Es en primer lugar, la simplicidad enseñada por Cristo con hechos y palabras y que hemos visto que es la condición principal de la fe¹¹². Y es también “la Imagen simple y límpida”, pasaje hacia el Padre y causa de dulzura para los creyentes¹¹³.

El *Enigma de la fe*¹¹⁴ prolonga y profundiza la reflexión contenida en el *Espejo*. Cuatro textos conciernen a la simplicidad en la manera de abordar las cosas de la fe, y ocho se refieren a la simplicidad de Dios. Aunque se trate, como en el tratado precedente, de la simplicidad de la fe, aquí sobre todo se considera un aspecto determinado: el de la teología, del discurso sobre Dios. En este campo, el ideal que persigue Guillermo más allá de las discusiones de los teólogos, es “regresar a la primera edad de oro de la simplicidad evangélica y al estilo propio del Espíritu Santo”¹¹⁵. El Evangelio es simple; en él la autoridad divina está al alcance de todos, simples o sabios¹¹⁶; y conduce a vivir simplemente, en hechos y en palabras. Esto no puede dejar de tener sus consecuencias en el lenguaje teológico. Así, conviene no utilizar los conceptos de género, especie y relación para hablar de la Trinidad, sino en la sumisión de la fe:

No sometamos la causa de nuestra fe a la razón o a los razonamientos de los hombres, sino sometámosle todo. Que estas palabras sirvan donde sea necesario; que no se inmiscuyan más de lo debido. Debemos avanzar con simplicidad por un camino simple. Que hablen según el Evangelio quienes hacen profesión de vivir según el Evangelio¹¹⁷.

Hablar simplemente de Dios y según el Evangelio es decir justo lo que es necesario al servicio de la fe sin sobrecargarla ni empañarla. Esto caracteriza sobre todo al segundo grado de inteligencia de la fe. El primero consistía “en buscar con cuidado lo que es necesario creer respecto del Señor su Dios; el segundo consiste en buscar la rectitud de pensamiento y de lenguaje para lo que se cree con rectitud”. Es la simplicidad de la rectitud. “El tercero es ya la experiencia de las cosas, y consiste en el hecho de tener hacia Dios sentimientos de bien, como lo comprueban quienes lo buscan en la simplicidad de su corazón”. Es la simplicidad de la

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 107 (379 C).

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 125 (384 A).

¹¹¹ *Ibid.*, p. 107 (379 B).

¹¹² *Ibid.*, p. 67 (370 B).

¹¹³ *Ibid.*, p. 129 (385 A).

¹¹⁴ *L'énigme de la foi*, ed. de M. M. DAVY: *Deux traités sur la foi*, Vrin, 1959 (PL 180, 397-440). Véase nota 101.

¹¹⁵ *Ibid.*, n° 24, p. 113 (407 B).

¹¹⁶ *Ibid.*, n° 25, p. 115 (407 D).

¹¹⁷ *Ibid.*, n° 52, p. 139 (419 B).

interioridad que se va purificando y que ya gusta a Dios deseándolo y amándolo¹¹⁸.

En cuanto a la simplicidad de Dios apenas entrevista en el *Espejo de la fe*, aparece mucho más netamente en el *Enigma*. Un texto hermoso, capital, presenta la simplicidad de la naturaleza divina:

La soberana simplicidad de la naturaleza divina no puede recibir ningún accidente. Si lo recibiera, no sería la simplicidad. La naturaleza que es necesario llamar verdaderamente simple, es aquella a la que no le corresponde tener algo que pueda perder, que pueda aparecer como sujeto de un cambio apareciendo o desapareciendo. Es el ser que es inmutable, o en el que no hay distinción entre quien tiene y lo que tiene. Así la naturaleza soberana es realmente simple porque en ella la cualidad o la cantidad no son diferentes de la sustancia, y no es por la participación de otro que ella es lo que es: poderosa, sabia, bienaventurada¹¹⁹.

Aquí la simplicidad parece traducir la densidad radiante y estable de la naturaleza divina. El término, en efecto, expresa bien la proximidad del ser, de la esencia –Dios es simplemente lo que Él es¹²⁰–, y es por eso sin duda que Guillermo, aun cuando la idea de simplicidad se confunde con la de unidad¹²¹, prefiere la primera a la segunda que está siempre relacionada con los números. Es lo que parecen mostrar estas líneas: “Aunque la Trinidad sea unidad y la unidad sea Trinidad, no obstante aquí el nombre unidad de ninguna manera designa una especie de unión numérica de tres seres bajo el nombre Trinidad, sino la indivisible simplicidad de la esencia divina”¹²². Sea como sea, el adjetivo *simple* aparece una vez más bajo la pluma de Guillermo para calificar la cooperación de las personas de la Trinidad¹²³.

Estas perspectivas teológicas no fueron la última palabra de Guillermo. Cronológicamente la *Carta de Oro* vio la luz después de estos dos tratados sobre la fe y además su último mensaje fue la *Vita Prima*¹²⁴. Con este último escrito volveremos a encontrar la simplicidad en el medio monástico, en el comportamiento de san Bernardo y en Clairvaux. Cinco veces el autor realiza la simplicidad de san Bernardo tanto antes como después de su entrada en el Císter:

Mientras vivió en el siglo, se le vio llevar una vida extremadamente simple. Amaba el retiro, huía del mundo; era afable y benévolo con todos; de una vida simple y calma en su interior, raramente exterior, y de una modestia que iba más allá de todo lo que se puede creer¹²⁵.

En el monasterio ocurrió que la simplicidad de su fe le hizo pedir –y recibir– la gracia de ser capaz de participar en el trabajo de la cosecha¹²⁶. Su simplicidad le inspiraba un prejuicio

¹¹⁸ *Ibid.*, n° 40, p. 127 (414 B).

¹¹⁹ *Ibid.*, n° 50, p. 137 (418 B). Cf. n° 29, p. 117 (409 B).

¹²⁰ “Dios no puede otra cosa que lo que quiere, que lo que sabe o que lo que conoce; él, que no es esto de un modo y aquello de otro, sino que es simplemente lo que es. No debemos pensar o creer que el soberano Bien, por decirlo así, está compuesto de todos los bienes, porque no está menos en cada uno que en todos. De otro modo, nuestro Dios no sería simple sino múltiple” (*Ibid.*, n° 55, p. 141: 421 A).

¹²¹ “Así como todo lo que está en él no es una cosa y otra diferente, sino un solo ser simple, así todo no está en él de una manera y de otra diferente sino simplemente y de un solo modo, que no comporta ningún modo” (*Ibid.*, n° 61, p. 145: 423 C).

¹²² *Ibid.*, n° 73, p. 157 (429 A). Cf. n° 87, p. 167 (436 A).

¹²³ “Si esto parece recordar que todas las cosas han sido creadas por el Padre mediante el Hijo en el Espíritu Santo, no obstante, por las diversas apropiaciones enunciadas de ninguna manera debemos comprender la diversidad de operación, sino una simple cooperación de la Trinidad” (*Ibid.*, n° 78, p. 161: 431 B). “Del mismo modo que se comprende la cooperación por el hecho de que el Padre y el Verbo son dos, así también se comprende una operación simple porque se dice que Dios ha hecho todo por su Verbo” (*Ibid.*, n° 79, p. 163: 432 A).

¹²⁴ *Vie et gestes de S. Bernard, Livre Premier, Oeuvres complètes de S. Bernard*, t. 8, trad. Dion, Paris 1867.

¹²⁵ *Ibid.*, ch. 1 § 3, p. 7.

¹²⁶ *Ibid.*, ch. 4 § 24, p. 21.

favorable a favor del otro¹²⁷. Un día en que se le hicieron vivos reproches, respondió con humildad y simplicidad¹²⁸. La pobreza y la simplicidad de la cabaña en que Bernardo restablecía su salud en la soledad, impresionaron a Guillermo y lo sedujeron:

Incluso sentí tanta felicidad al considerar a este hombre, y tal deseo de, participar de la pobreza y simplicidad de su morada que, si me hubieran dado a elegir ese mismo día, nada habría deseado más vivamente que permanecer constantemente con él para servirle¹²⁹.

Manifiestamente este encuentro lo ha impresionado: al ponderar la simplicidad de su amigo Guillermo sin duda nos revela también la clave o el origen de su propio atractivo por esta virtud... Volveremos sobre esta confesión. En todo caso, el retrato que traza de Bernardo está fuertemente marcado por la simplicidad: acompañada de humildad y de austera pobreza está presente en el género de vida, el hábitat, la oración, la caridad.

La descripción de la vida en Clairvaux tiene la misma característica de simplicidad humilde y pobre:

(Los fundadores de Clairvaux en los primeros comienzos) allí sirvieron a Dios durante algún tiempo con simplicidad, en la pobreza de espíritu, en el hambre y la sed, en el frío y la desnudez, y con numerosas vigiliass¹³⁰.

La simplicidad y la humildad de estos pobres de Jesucristo se percibían en las construcciones:

A primera vista quienes llegaban a Clairvaux, por detrás de la montaña, reconocían a Dios en sus moradas, pues este valle, con su lenguaje mudo, anunciaba a grandes voces por medio de la simplicidad y la humildad de los edificios que allí se veían, la simplicidad y la humildad de los pobres de Jesucristo que habían fijado su residencia allí¹³¹.

Su alimentación, más que frugal, correspondía a la simplicidad de sus moradas, y la tomaban “con la simplicidad de un fervor novicio”¹³².

Todo esto nos recuerda a la *Carta de Oro*. De esta manera, el fin de nuestra investigación nos vuelve a enviar a la obra que a primera vista se había impuesto como fundamental. Pero esta visión de conjunto no habrá sido vana si nos permite captar mejor el pensamiento de Guillermo y recoger a través de su mensaje el testimonio de un cisterciense todavía cercano a los orígenes de la Orden.

* * *

¿Qué sacamos como conclusión de esta visión de conjunto?

Incontestablemente la *Carta de Oro* proporciona el conjunto más completo de reflexiones debidamente sopesadas y organizadas. Confirma, desarrolla y corona las primeras intuiciones y las primeras aproximaciones al tema que se encuentran en los dos tratados del amor y las *Meditaciones*, y además precede a la *Vita Prima* que más bien parece entregarnos una especie de aplicación práctica y ejemplar a través de la descripción de Clairvaux. Por el contrario, es completada útilmente por el *Comentario al Cantar de los Cantares* en lo que concierne a la vida

¹²⁷ *Ibid.*, ch. 6 § 28, p. 24.

¹²⁸ *Ibid.*, ch. 9 § 43, p. 34.

¹²⁹ *Ibid.*, ch. 7 § 33, p. 27.

¹³⁰ *Ibid.*, ch. 7 § 33, p. 27.

¹³¹ *Ibid.*, ch. 7 § 25, p. 22.

¹³² *Ibid.*, ch. 7 § 36, p. 29.

interior, y por los dos tratados de la fe en lo que se refiere a la fe, la inteligencia de la fe y su discurso, y por último, a Dios mismo.

La lectura de estas obras en su orden cronológico revela en Guillermo un atractivo creciente por la simplicidad, y más precisamente, por una simplicidad que impregna todo: comienza a afirmarse en las *Meditaciones XI y XII* y se hace muy evidente a partir del *Comentario al Cantar de los Cantares*. Este ideal anhelado es una sabiduría opuesta a la del mundo y proveniente de Dios, inspirada por el Evangelio, por sus textos y por la vida de los apóstoles, pero que igualmente se refiere de buen grado a dos fórmulas sacadas justamente de los libros sapienciales: “Buscar a Dios en la simplicidad del corazón” (*Sb* 1,1) y “Quien va simplemente va resueltamente” (*Pr* 10,9a). El alcance de ésta última es más grande de lo que parece: citada tres veces¹³³, no sólo da un principio iluminador y útil para la fe y la manera de vivir según la Regla, sino que por el contexto de dos de sus citas¹³⁴, muestra también que esta sabiduría totalmente hecha de simplicidad y de confianza, es fruto de una gracia.

Este ideal, sabiduría según Dios, que proviene de Él y va hacia Él por la interioridad, es asimismo una disciplina. La *sancta simplicitas*¹³⁵ parece confundirse con la vida monástica. Aspiramos a ella al entrar al monasterio y es lo que vemos resplandecer en el monje cabal. Es nueva creación y lo natural reencontrado. Con facilidad conduce rápidamente a gustar de los tesoros de la sabiduría y de Dios en su bondad. Pero antes de este acabamiento, la simplicidad debe impregnar poco a poco todo el ser y todo el hacer. Todo comienza en el interior con la vuelta a Dios, pero su resorte profundo sigue siendo siempre el impulso hacia Dios, tanto en el nivel de las obras y del corazón (conversión) como en el de la fe y de la inteligencia (confianza e imitación de la simplicidad de Dios). En la obediencia que se entrega sin reserva a Dios y a sus servidores para un remodelado del ser, halla su expresión más clara y más fuerte.

La simplicidad inclusive es disciplina interior por ese recogimiento que permite alcanzar a Dios allí donde nos es más próximo: a través de la imagen de Dios que nosotros somos. Recíprocamente, la felicidad descubierta en ese encuentro con Dios disipa toda inquietud y toda dispersión, o bien inspira a abandonar lo que aún puede quedar de ellas. A su vez interviene la prueba, que purifica y prepara para recibir de lo alto la gracia de la simplicidad.

La simplicidad inspira someterse a la disciplina monástica, y de la misma manera la disciplina monástica la prescribe para todas las cosas de la vida cotidiana. La simplicidad entonces está estrechamente asociada a la humildad y a la pobreza, como vemos especialmente en la alimentación y el hábitat.

Después llega el día en que la simplicidad interior forjada en el crisol de la disciplina monástica se exterioriza, se comunica al rostro y al comportamiento, e incluso ¡hasta la reflejan las construcciones!¹³⁶.

Este es pues el pensamiento de Guillermo sobre la simplicidad. Se modela con el tiempo, la experiencia y la gracia.

Guillermo, que era de temperamento sensible y propenso al análisis, a veces hasta el escrúpulo, pudo aspirar tanto más vivamente a esta simplicidad cuanto que de buenas a primeras no le resultaba fácil. Pero el Cister y particularmente san Bernardo debieron entrenarlo en este

¹³³ *Méditation XI, Pain de Cîteaux* n° 22, p. 43 (238 A); *Miroir de la foi*, p. 105 (379 A) y *Lettre d'or*, 77, p. 203.

¹³⁴ Cf. igualmente la fórmula equivalente de *Pr* 10,29: “El camino del Señor es la fuerza del simple”, citado en idéntico contexto en *Nature et dignité de l'amour*, p. 89 (394 A).

¹³⁵ Se forma en la prueba (*Exposé*, 70, pp. 175-177); es la finalidad de la vida monástica (*Lettre d'or*, 143, p. 257); debe aparecer en el aspecto exterior de la casa de Dios (*Ibid.*, 148-150, pp. 261-263). Es un “atajo” que, en la vida de fe, hace acceder más rápidamente al gusto de Dios (*Miroir*, p. 107: 379 C).

¹³⁶ Es el mismo movimiento de pensamiento que el de los últimos grados de la Regla de san Benito, sobre todo el duodécimo: no sólo poseer humildad en el corazón sino inclusive manifestarla externamente.

camino. Guillermo da testimonio de ello cuando al fin de su vida se acuerda de su primer encuentro con Bernardo. El recuerdo que guarda de este encuentro gira alrededor de dos palabras: pobreza y simplicidad. Es lo que admiró y recordó del marco de la vida de Bernardo, y es lo que desde entonces soñó con compartir. Su pensamiento poco a poco se impregna de ello sobre todo después de su ingreso en Signy. En efecto, es en las obras de su período cisterciense donde se inclinó cada vez más a meditar sobre esta virtud y a recomendarla. Y en su recuerdo, Clairvaux ha permanecido como una irradiación de simplicidad humilde y pobre.

A través del pensamiento de Guillermo nos encontramos, pues, con la experiencia cisterciense de un fuerte atractivo por la simplicidad. Y es una luz aún hoy para nosotros que podemos y debemos vivir esta sabiduría total, entregada a Dios, humilde, austera e impaciente por gustar de Dios. Sí, también es para nosotros ese “atajo de la santa simplicidad”.

*La Paix-Dieu
Francia*